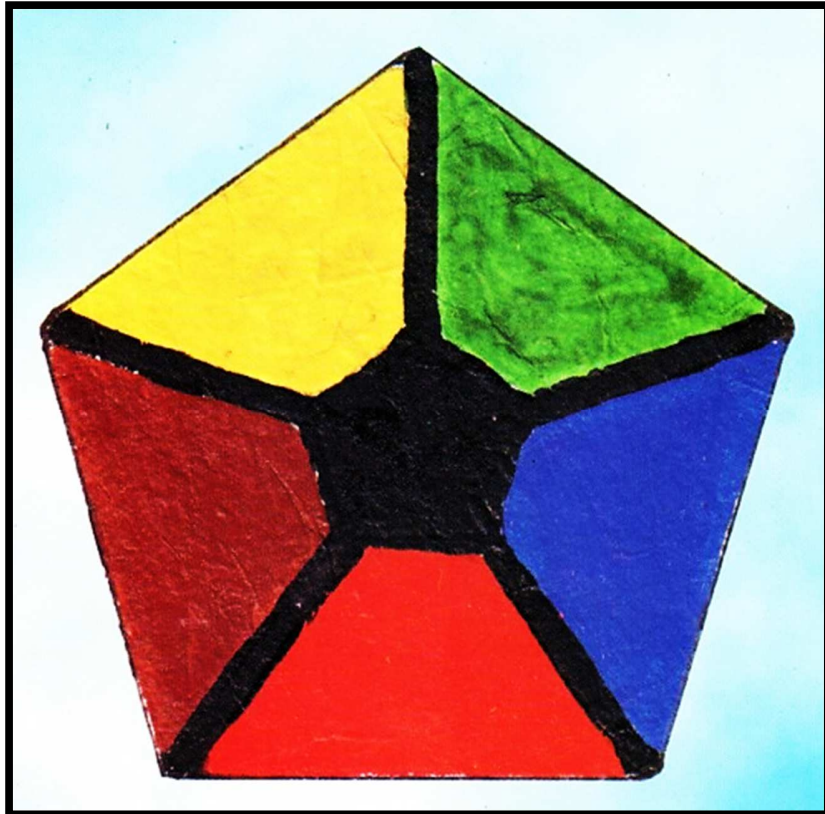
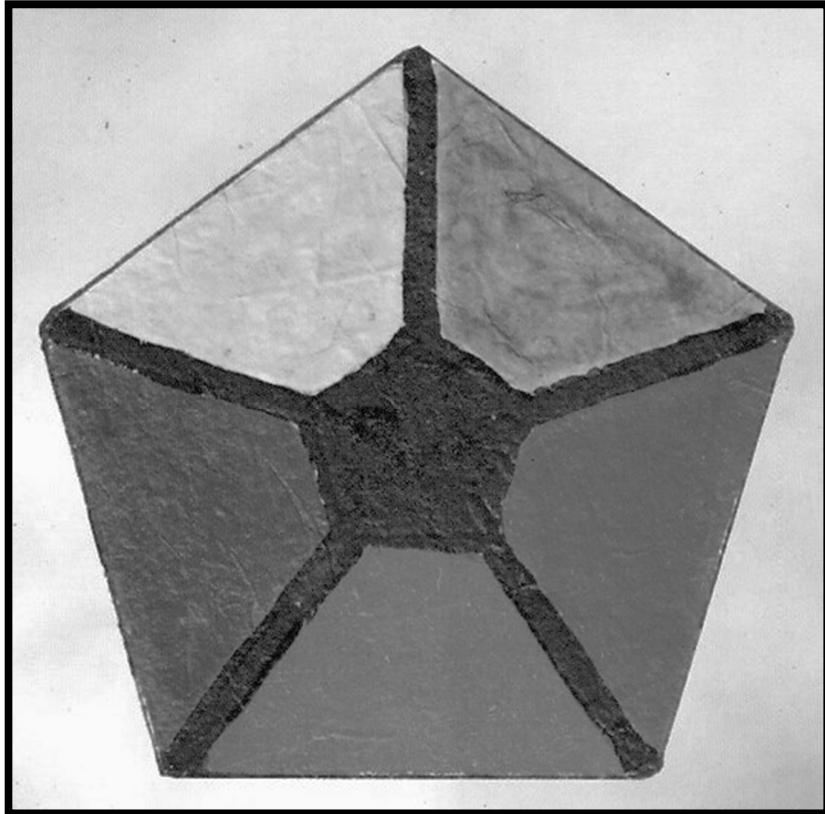


ADALYS NORIEGA



CALEIDOSCOPIO

ADALYS NORIEGA



CALEIDOSCOPIO

Título:

CALEIDOSCOPIO

Autora:

Adalys Noriega

Depósito Legal:

If09520036102340

ISBN:

980-6698-00-2

Diseño y Diagramación:

Eduardo J. Molina E.

Ilustración de Portada:

Luis Malaver

Editor:

*Asociación de Profesores
de la Universidad de Oriente,
Núcleo de Nueva Esparta.*

Impresión:

Gráficas Internacional

Fotolito:

Doble Clic

Febrero de 2004.

*A mi madre,
María Teresa Rodríguez de Noriega,
en agradecimiento a su amor permanente,
a esa gracia que me conecta
con la paz interior y me hace libre.*

**PRIMER CONCURSO LITERARIO
DE LA ASOCIACIÓN DE PROFESORES
DE LA UNIVERSIDAD DE ORIENTE,
NÚCLEO DE NUEVA ESPARTA (APUDONE).**

CALEIDOSCOPIO DE ADALYS NORIEGA

Apostamos por estas palabras, las palabras de la creación en medio de tanta palabra engañosa presta a muchos fines perversos, a tanta discordia. Hoy celebramos con **Caleidoscopio** y con su autora, la profesora Adalys Noriega (quien ya cuenta con un libro de cuentos de indiscutible factura, **Entretelones**), el advenimiento del segundo, premiado en el Primer Concurso Literario Apudone (2001) y con cuya edición saldamos una deuda, no sólo con la ganadora, sino también con la literatura de la región y, no es ocioso decir, del país.

De *Caleidoscopio*, el jurado integrado por tres narradores de reconocida trayectoria, opinó:

*“En el texto hay un nítido reflejo de una conciencia escritora: su autor o autora tiene una conciencia narrativa, según la cual el discurso (historia y otros detalles) siempre estará en manos de quien cuenta desde afuera, y al mismo tiempo piensa que el destino de los personajes es ineludible... ellos son su propio azar, y ni siquiera su invencionero tiene el poder de alterar su contingencia. **Caleidoscopio** es como un pequeño taller literario, tal vez la intención más importante es la de teorizar brevemente sobre el arte de narrar. Hay tres historias, más la del ciego Pablo: termina contado, relatado por el narrador original. En cuanto a la redacción, hay algunos detalles que no descalifican o desmontan la solidez de la obra.*

Chevige Guayke
*(Ganador del Concurso de Cuentos
de El Nacional, 1974)”*

*“El cuento titulado **Caleidoscopio** maneja con habilidad varias historias en espacios y atmósferas distintas. Logra atrapar al lector para interesarlo en el desarrollo y desenlace de la trama o tramas. Se destaca el buen uso del lenguaje, ajustado precisamente a la atmósfera de cada historia y sus personajes. Lo existencial, lo cotidiano, la memoria, la felicidad y la tristeza forman parte del cuento. Considero que las dos líneas finales sobran en el cuento. Por tales razones, es justo otorgarle el premio al cuento **Caleidoscopio**.*

Pedro Salima

*(Cuentista y novelista Presidente
de la Asociación de Escritores
del Edo. Nueva Esparta).*

“El cuento reúne las condiciones para ser declarado ganador, la estructuración de la historia y la fluidez del lenguaje que utiliza nos colocan ante un narrador con una técnica narrativa en desarrollo y con suficientes méritos para obtener el premio en el citado concurso. En caso de que el texto narrativo en cuestión vaya a ser publicado, sugeriría que se considerara la adecuación de algunas construcciones que mejorarían enormemente la calidad del relato.

Rodolfo Rodríguez

(Poeta, cuentista y dramaturgo).

Las calificadas opiniones anteriores llenan de complacencia a nuestra junta directiva por dos razones fundamentales: estamos entregando a los lectores un libro de calidad que prestigia, por un lado a la literatura nacional, y por el otro, es un inicio con buen pie de esta primera convocatoria; la otra razón no es menos digna de tomar en cuenta, la galardonada es profesora de nuestro núcleo universitario. Esperamos que la publicación de **Caleidoscopio** sirva de estímulo para que la profesora Adalys Noriega siga construyendo su mundo de ficciones literarias, así como nosotros desde acá, seguiremos construyendo un mundo preocupado por mejorar la calidad de vida de nuestros asociados, en todos los órdenes de la vida universitaria, desde diversas perspectivas como si de un caleidoscopio se tratara, sin mezquindades ni discriminaciones y donde, por supuesto, no podía faltar, el arte, la literatura.

Junta Directiva de APUDONE

CALEIDOSCOPIO

Las imágenes van interconectándose y es casi imposible dejar de registrarlas. Todas se disparan en la calle, en un espacio privado o en la memoria desde donde se capturan a la misma hora en la que se recuerdan. Aquí aparece una mujer, allá un hombre, un niño, una anciana, un carro azul.

C-VEN-D. Es la letra de Carlos Apretado (es un apellido). Ahora él tiene un lío en su cabeza. El que lo acompaña es Antonio, su hermano menor.

–Y tú, ¿qué puedes decir? ¿Acaso no te quedarás con la mejor parte?

–Tú sabes, Toño, que mi chequera siempre estuvo a la disposición de ustedes.

–¿Y cuánto cobrarás después? ¿Cuánto le pasarás a tu amigo abogado? A mí no me vienes con cuentos. Éste lo vendes y luego te quedas con la mejor tajada...

Allá, el asunto es otro. Si te escapabas ahora hacia la quinta cuadra donde el auto se ha parado, miras que el tema es diferente. Recorres los jardines. Te detienes a separar las voces que vienen de diversos lugares. Escuchas gritos, risas, hasta una música a tono bajo se reproduce en el lugar de los sucesos. Ahora son otros los personajes (historia #2) y las cosas que se dicen...

–¿Cuántos son los que te siguen, desgraciado? Yo he aspirado polvo hasta sentir que se me paraliza la memoria. Y tú sólo te limitas a dar la primera explicación. Nunca advertiste inconveniente alguno. Mírame, ¿qué queda de mí?

–Te lo dije. Yo debo cuidar el negocio. Tú estabas esperando que alguien te lo pusiera en la mano. ¿No es así, Carla?

Los dos se dicen las suyas; mientras Euclides (historia # 3), en otro lado, cierra los ojos para escuchar las voces que vienen desde lejos. Los oídos comienzan a filtrar el sonido...

Tantas historias, como éstas, aparecen, se deshacen, se quedan en el recuerdo, y uno las puede enganchar. La decisión la toma el que las cuenta: las vuelve a decir en el mismito momento en que se hacen o desde el pasado las dice como si fueran hechos presentes. Es posible que te adelantes, pero aquí corres el riesgo de que se miren como simples suposiciones. Miras allá, miras acá, y se vienen acercando con una rapidez asombrosa. Demasiadas acciones van arrojándose sobre ti, y debes, de inmediato, fijar la vista en alguna de éstas. Una materia gelatinosa se mueve, y es posible que ésta se desborde de la órbita si medio giras el ojo para ver la imagen empujándose hacia la pantalla. Entonces tendrás que saber siempre dónde está el comienzo de cada hilo. Tú halas, y si, efectivamente, son dos historias paralelas, la cuestión se salva. Pero ahora intento agarrar tres. En este caso, son tres los hilos, y cada uno tiene un inicio. El final tiene que estirarse al acabar cada historia. Una de ellas, en este momento, se me viene por el ojo izquierdo, y es posible que se detalle en la misma secuencia en la que se presenta.

HISTORIA #1

C-VEN-D, dice en el vidrio trasero del carro que Carlos estaciona en el garaje de la quinta *Los Apretados*. Te metes por la calle principal de *Los Lirios*, pasas tres cuadras, das un medio giro a la derecha y obligatoriamente te tienes que topar con la casa, número 2-33: un portón de madera, unos pinos que alargan los ojos y una fuente con tres ángeles vaciando el agua azulada buche a buche, hasta que el líquido es disparado hacia arriba y baña el rostro de los immaculados. Por una puerta entra Carlos, por otra sale Antonio. Una puerta da a la biblioteca, otra a la cocina. Cinco pilares se alinean; puertas y

más puertas están en fila; una escalera baja hacia el patio, otra sube hasta la azotea.

En los estantes se apiñan los libros. Carlos hala fuerte, el polvo se lanza sobre su rostro y el estornudo se encadena en una seguidilla de seis. Por una puerta se asoma María; por la otra Esperanza. Son seis ojos chocando en el centro de la sala. ¡Plash! El libro cae abanicándose y los ojos leen el trozo sobre Jeremías 11,19: Yo estaba tranquilo, como un cordero que llevan al matadero, sin saber que estaban haciendo planes contra mí. Decían: “Cortemos el árbol ahora que está en todo su vigor...”.

En la habitación más grande, Elena comienza a dar gritos. Todos avanzan hacia la misma dirección. La mano de ella sostiene los flácidos dedos de la anciana. Las oraciones de la moribunda se cuelan por entre los labios: He dejado mi casa. Desamparé mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos, y los párpados caen, se sellan sobre las órbitas que han empezado a tornarse moradas.

—Comenzó a respirar cada vez más lento. Yo sabía que faltaban pocas horas. Le dije que respirara fuerte, más fuerte, que tomara mi mano y abriera más los ojos; pero era imposible. Ella no entendía nada de mis absurdas súplicas. ¿Cómo puede uno desquiciarse hasta suponer que el moribundo es capaz de cambiar su destino? Yo quería que apretara mi mano con más energía. Quería arrancarle el respiro que era tragado poco a poco por su garganta. Me impacienté. Ella seguía repitiendo literalmente. Tuve la impresión de que el libro saldría de su boca y se incrustaría en mi pecho. He entregado mi alma a los enemigos, dijo. La sentí quejarse. Ella quería confesar algo que se llevará directo a la tumba. Le dije que apretara más mi mano, que sacara fuerzas de adentro. Pero sólo la muerte iba saliendo de su boca arrastrando a la fatiga. Ella iba perdiendo fuerzas, mientras la muerte aceleraba su ritmo y los ojos perdían brillo.

–¿Por qué no llamaste antes?

–Todo fue tan rápido, María. Llegué a sentir que mi aliento se iría con el suyo. Tuve la impresión de que saldría fuego por mis ojos. Ella respiraba, y su alma andariega daba tumbos. Me miré con ella en su propio laberinto. Buscábamos desesperadamente la salida. Ella entró por una puerta; yo salí por otra. Me apresuré para seguirla por la misma abertura, pero fue imposible. La salida se cerró y me quedé en medio de la sala. Sólo escuchaba el respiro fuerte que se alejaba de mí. Su mano soltó la mía, y sus párpados cayeron completamente. Mi grito se liberó al instante.

–¿Y tú, Carlos, qué hacías registrando los libros de la difunta?

–Antonio, hablas como si el cuerpo no estuviera presente aquí. Acaba de morir. Mírate. Estás muy sereno. Juraría que en ese momento te hallabas sentado debajo de la mata de níspero. No sé en qué pensabas. ¿Acaso te fuiste por el mismo laberinto? ¿Habrías tratado de entrar por la misma puerta?

–¡Ave María! ¡Dios los perdone!

–Lo que tú dices, Elena, ¡qué los perdone!

–Sí, Esperanza, eso, perdón (dice María).

–Esto es un asunto entre Carlos y yo. Tarde o temprano hay que aclarar las cuentas. Si él no habla, yo lo hago cantar.

–No te empeñes. Ya sé que te matas por escuchar las canciones de Armas en la rocola de Petra. Una musiquita no te cae mal en tus diarias horas de ocio.

–¡No me jodas, carajo!

–¡Se callan! ¡Se callan ahora mismo! Hay que hacer tantas cosas. ¡Qué bolas tienen, perdiendo el tiempo en pendejadas! ¡Carajo, muévanse! Ustedes (les dice a María y Esperanza) acompañen a estos dos. No se vayan a agarrar más adelante.

–Ya dije que hay que aclarar las cuentas.

–¿Qué cuentas? Si todo está claro.

–¿Claro? A mí no me parece.

–Tú siempre andas mirando fantasmas. Por eso te la pasas en la casa de la brujita Brígida. Ya no tienes quien te siga alcahueteando las malas costumbres. Está bien que seas el varón más pequeño; pero ¿y las morochas? El que debe aclarar, no las cuentas sino su mente, eres tú. Aquí nadie está pensando en joder a nadie. Somos cinco, y todos tenemos los mismos derechos. ¿No es así?

–Te dije que hablamos después. ¡Qué vaina!

–Y siguen los carajos con la misma historia.

–No te preocupes, María, yo no hablo más de esto.

–Está bien, Manita.

Carlos se para frente al semáforo que está en la Avenida 24 de Julio y baja el vidrio

–Por cuánto.

–Tres millones de bolívares.

-Ni que tuviera cafetera.

-Cafetera no, pero musiquita sí.

-No lo vendas por menos, Carlos.

-Sí, Antonio, por menos no lo vendemos. La gente quiere arreglar su vida a cuenta de recibir obsequios. Este modelo es del año 99. No es tan viejo; y, además, está enterito. Prácticamente no se le ha dado mucha rueda. Ahorita, porque lo queremos vender; pero lo lógico es que los que tenemos carro no toquemos éste.

-Bueno, los que tienen, como tú y las morochas, porque Elena y yo nada.

-Fui muy claro; los que tenemos. Ya sabes que después del accidente que tuviste con la picó, mamá no quiso que tocaras más este carro. Además, estas diligencias hay que hacerlas juntos. Sería lo último que cada uno ande por su lado.

-Sí, y que cada quien compre una urna.

-No me parecen juegos, María.

-Es su opinión, Toño.

-Entonces, dejen de darle a la lengua, que me tienen mareada con la misma musiquita.

-No seas atrevida.

-Es que ustedes no tienen remedio.

En la sala se aglomeran las sillas. A un lado está el cuerpo presente. Las coronas cubren la pared y parte del piso. Faltan exactamente cuatro horas para que la procesión salga y se paralice el tráfico. Carlos está sentado debajo de la mata. Los chistes corren de boca en boca. Los brazos se estiran para agarrar el vasito con café negro que Elena reparte. En el porche están las señoras mayores. Ellas prefieren el guarapo de Santa María que les entrega Esperanza

–Y en qué paró lo del noviazgo de esta niña con el hijo de Petra.

–No lo sé. Creo que se dejaron, porque ese muchacho andaba con malas juntas. Últimamente se había entregado al juego, y no había plata que se le aguantara en el bolsillo.

–¡Mujer!, ¿cómo te enteras de todo?

–Ya sabes que la difunta era muy amiga de mi vecina, y ella cada vez que se enteraba de algo salía corriendo a mi casa. Pero tú sabes que yo soy muy reservada, y te juro que es la primera vez que comento esto.

–¿Ni siquiera a tu comadre Marcela?

–Pues, ella es clase aparte. Se supone que a ella sí se lo dije.

–¿De qué hablan que no me dan un bocado?

–Esto es muy delicado, y no quiero que salga de la boca de ustedes. Resulta que la morocha...

–¡Ah, la del guarapo!

–Sí, ella.

–Tú sabes, el hijo de Petra.

–Cónchale, a mí el cuento me lo echaron de otra forma, pero cuidadito como sale de sus bocas. Parece que no era sólo lo del juego, sino que el otro hijo de Petra, el que trabaja en la gobernación...

Carlos revisa uno a uno los libros. Respira el polvo y trata de aguantar los estornudos que rebotan en la puerta cerrada. Más allá, algunas mujeres giran la cara, y el comentario se filtra por sus orejas. El dedo disimula el movimiento de los labios, y la oreja es colocada como debe ser. El muchacho sigue buscando en la biblioteca. Le parece que tres horas es poco tiempo para evitar que Antonio halle los papeles. Se desespera. Sus ojos se llenan de agua. Se seca, y sigue buscando. ¿Cómo podré cumplir la promesa que te hice, vieja, si no me ayudas a dar con el documento?, dice con una voz que apenas alcanza a oírlo él. En ese momento, sus ojos se llenan de más líquido, y los recuerdos van fluyendo con una velocidad asombrosa.

–Ya sabes que a las morochas las crié como si las hubiera parido. Si ellas se enteran del asunto, al final terminarán reconociendo mi cariño, pero él se volvería loco si descubre que también... Por eso, por eso debes apresurarte a hallar la carta que está dentro del libro. Me la mandó tu madrina. Ella se enteró y no sé cómo se le ocurrió utilizar esa vía para hacérmelo saber a mí. Jacinta encontró la carta y la guardó en un libro. ¡Vaya a saber en cuál! Jacinta tiene una memoria de papel, y no podrá venir de Carapacho ahora.

–Apresúrate, hijo.

–No hables, no hables más que te agitas demasiado.

–Sé que me quedan pocas horas. Apúrate.

Carlos apresuró el ritmo. Las gotas caían sobre la alfombra, y un nerviosismo se fue reflejando en su ojo derecho. Esta vez haló con más fuerza y el sobre se vino con más polvo. Sus ojos derramaron líquido, sus labios se estiraron y la sonrisa le paralizó el estornudo. El sobre estaba en el piso. Él lo tomó. Metió su mano por dentro del paltó y salió a la sala. El cuerpo todavía permanecería allí más tiempo.

Él apoya su brazo sobre el espejo y mira hacia el fondo del cajón. La cara de la muerta luce intacta, pero él sabe que por dentro está todo a punto de estallar. Aquí la tengo, vieja (piensa Carlos). Ya tendré tiempo para conocer la historia completa. Sé que tú no puedes oírme, pero yo siento un gran alivio al estar seguro de que cumpliré la promesa, concluye.

Es la hora. Cuatro hombres cargan la urna. Adelante van Carlos y Antonio. La música fúnebre acompaña a la muerta hasta el cementerio. Una máquina baja la urna poco a poco. El cuerpo está abajo, y el hueco queda tapado con una capa de grama. Nada de monumentos. Sólo se veían árboles y flores en el Campo Santo.

Carlos abre sigilosamente cada una de las puertas de las habitaciones, y comprueba que todos están dormidos. Regresa a su cuarto, y, ayudado por la luz de la lámpara, comienza a leer.

Querida comadre, hoy me he enterado de cuál es ese secreto que usted ha llevado como una cruz durante muchos años. Ayer me lo contó Marisela cuando la fui a visitar al hospital. Creo que ella piensa que le queda poco de vida, y me lo ha confesado para que yo sea ahora quien guarde con usted la historia. Me dijo que usted no podía tener hijos; entonces le hizo una promesa a un santo (no me supo decir cuál). Le prometió que por cada hijo que usted tuviera suyo, quiero decir parido, usted se haría cargo de un niño abandonado. A los dos años usted quedó embarazada y tuvo a Carlos. ¡Tan bueno mi ahijado!, ¡Dios lo guarde! El sacó lo bueno de usted y de mi compadre que en

paz descanse. Usted parió, y a los tres años cumplió su promesa; fue al hospital y se trajo a Carlos recién nacido. A los dos años usted quedó otra vez preñada. Nació Elena. ¡Tan buena su muchacha!, comadre. Cómo se iba a imaginar usted que al año iban a dejarle una cesta con dos niñas en la puerta de su casa. Cinco muchachos, hija, y todos pequeños. Pero qué podía hacer. No podía rechazarlas. Usted había dicho que uno por cada hijo parido, pero éstas vinieron juntas, y era una maldad separarlas. Yo la admiro, comadre. Pero ya ve, ahora tiene sus hijos grandes. Mi ahijado tiene 40 años y le ha salido muy bueno. Las morochitas son unas pascuas. El más loco es el Toño, pero él tiene muy buenos sentimientos. Lo que pasa es que, en el fondo, ustedes lo han apañado mucho. Cuando el muchacho se quería ir a estudiar Inglés lo hubieran dejado. Así como anda, como volador sin rabo, no gana nada. ¿Y qué pasó con el trabajito que tenía en la ferretería? ¡Ese muchacho es loco! Con sus manos, ¡qué Dios se las bendiga!, yo ya hubiera montado una industria de camas. Anímelo, mi comadrита, si no son camas, son escaparates, son mesas o sillas, pero que comience. Ustedes le pueden acomodar un huequito en el garaje. Total, allí cabe más de un carro. ¡Él no cumple años el mes que viene? Cómprale de regalo una máquina de esas que trozan la madera, una mesa, y ya verán que dentro de unos años tiene su clientela. Bueno, como no quede más de una preñada estrenando las camas.

No se preocupe, comadre, que yo le guardo el secreto. Los muchachos no tienen por qué enterarse de esto. Si lo ha guardado durante tantos años, pues lléveselo con usted a la tumba. Se imagina, el Toño se vuelve loco. Así si es verdad que ni cama ni escaparate. Un chiste no está mal. Hasta pronto, guarde bien esta carta.

Muchos abrazos a todos, su comadre Dolores.

No te lo llevaste a la tumba, pero es casi igual, vieja, dice Carlos, mientras cierra los ojos vencidos por el sueño.

Durante el primer día después del entierro, todavía se percibe el olor de las flores y se tiene la impresión de que el muerto no se ha ido de la sala. Esa es la sensación de Carlos, quien, apenas comenzando la mañana, decide dar un paseo por la casa. Baja hasta el patio. Comienza a recorrer con la mirada cada uno de los sitios en los que suponía había permanecido más tiempo su madre. De repente, siente un frío helado que le entra por los pies, y decide abandonar la casa de inmediato.

Carlos estaciona el jeep frente a la tienda TODO EN MADERA. Se deja llevar por el impulso y entra al establecimiento. Con cautela, contempla las máquinas que están en cada uno de los estantes.

–¿Cuál me recomienda?

–Eso depende del uso que usted le dará. Si piensa tenerla en su casa para trabajos menores, ésta le sirve (señala la que está en el primer estante). Ahora, si la va a emplear en una fábrica de muebles; entonces ésta es la más adecuada (ahora se refiere a la que está enfrente de ellos).

–Entonces será esta última.

–Lo que usted necesite, señor.

Antonio mira con celos la máquina que Carlos ha dejado en un rincón del garaje.

–Ya comenzaste a gastar lo reales. Se lo dije a las tres.

–Es para ti, Toño.

–Estás loco, se necesita de buena madera para trabajar con ese animal.

-Pues de eso sabes tú, de la madera. Allí tienes la máquina. Aquí mismo puedes montar el taller. Todos estamos de acuerdo.

-Sí, Toño, ya hablamos de esto. Aprovecha el tiempo (dice Elena).

-Pero tú sabes que hay que aclarar las cuentas.

-¡Y sigues con la historia, criatura! (dice María).

-Yo soy tu hermano mayor, y te digo que se divide entre cinco. La cuenta es sencilla.

-¿Y qué buscabas en la biblioteca, entonces? A mí me huele que el testamento.

-¡No te digo!, siempre andas viendo fantasmas. Mamá no escribió testamento. Nos corresponden partes iguales y más nada.

-Está bien chico, dice Toño, mientras le echa el brazo por encima.

-¿No lo dije yo?, al final terminan así. Falta la cerveza.

-Lo primero que haré será una cama para la brujita esa que no te gusta. Yo no creo en nada de eso, hermano. Lo que a mí me interesa es la cama. Por cierto, lo único que tiene de bruja es la peluca. Si ayer me dijo que ya no le creen los cuentos. Tú sabes que en esta época la gente tiene que buscar los reales.

-Sí, ¿pero de esa forma?

-Sabías que tu ex pasó una vez por allá.

–¿Cómo?

–Es una broma.

–¡Ustedes no cambian!

–Bueno, por algo mamá decía que yo era igualito a mi tío Alberto (dice Antonio).

–¡A mi tío Alberto!

–Sí, María, mi tío Alberto.

–Pero él era muy decente.

–Te pasaste, gorda. No sé en qué me parecía, pero sería en algo.

–¿Y tú, a quien te pareces, Carlos?

–Mi madrina dice que tengo algo de los dos viejos.

–¿Y qué? (preguntan Elena y Esperanza a la vez).

–Pues, que nunca aclara las cuentas, dice Antonio.

–Genio y figura...

–Así termina la primera historia

–Pero pudiste ponerle un final mejor.

–¿Cuál? La carta se le cae y la encuentra Antonio...Por Dios, hay que dejar que la historia llegue a donde tiene que llegar. Ella solita se fue por ese

camino. Los personajes hablan y uno dice. ¿Estás grabando? ¿Cuántas cintas se gastaron en esta historia? No paremos, porque se me va la idea.

–El trabajito que me toca es el más fastidioso.

–No me entretengas que pierdo el hilo. Creo que serán cuatro y no tres.

–¿Cuatro hilos, entonces?

Las ideas se entrecruzan y uno tiene que focalizar la mirada en una de ellas. Acabo de mirar a la niña en la plaza. Está con el tipo y él vende la mercancía.

HISTORIA #2

A través de las cercas del colegio se observa la película...

–Un pitillo.

–A él no, desgraciado. Es un niño.

–Tengo quince.

–Yo tenía los mismos de ahora cuando empecé, veinte ¿No me ves? Ando como alma en vilo. No tengo tranquilidad. Cuando te metes en esto es difícil volver a ser tú mismo. Lo intentas, pero siempre terminas buscándola. Dime qué ves en esto que queda de mí ¿Crees que pueda comenzar alguna vez otra vida? Esto te agota pronto. ¡Desgraciado!, ¿acaso no tienes principios? ¡Es un niño!

–¡Principios!, con eso no comes, Carla.

En el salón se habla de la comunicación electrónica. El dedo da en la tecla y los esquemas van apareciendo en la pantalla. Lo demás es pan comido, como dice el alumno que está sentado en el primer pupitre a la derecha. Un estudiante acaba de entrar con diez minutos de retraso. Sus ojos destellan y en mitad del escenario ha comenzado a gesticular movimientos extraños. El profesor sabe por dónde va la nota, y suspende la clase por media hora. Afuera uno a uno va agarrando lo suyo. La placita está repleta de jóvenes. El humo tiene un olor característico. En la papelera se esconden inyectadoras.

¡El profesor!, grita uno, y todos los alumnos asumen la otra postura. El vendedor ha salido corriendo. Afuera lo espera un sujeto en un auto verde. ¡Desgraciado!, grita Carla, aferrada a la cerca. Ella se queda mirando lejos, mientras su cuerpo va desplomándose sobre la grama húmeda. Es un niño, se le escucha, apenas.

El profesor corre. La chica respira cada vez más lento. Su cuerpo ha comenzado a torcerse.

–¡Está a punto de sufrir un ataque!, grita el profesor. ¡Llamen a enfermería!

Alguien saca un celular. Repica tres veces. Vuelve a marcar.

–Enfermería, a sus órdenes.

–Hay una chica tirada en la grama, frente a la plaza de los girasoles. El profesor Fernando está con ella. Es una emergencia.

–¿Cuáles son los síntomas?

–Dicen que un ataque.

–¡Uf!, ¿ataque?

–Es una emergencia.

–Sí, hay que trasladarla a un centro de atención.

En el hospital, el médico de turno inicia su discurso.

–Esta vez lo pudo superar. Pero la próxima será más fuerte y temo que, así como está... Estos jóvenes no aman la vida. ¡Cuántos pacientes aquí quisieran tener su cuerpo! Allí, en esa sala que ven al frente está una niña de tres años con un corazón gigante. Esta chica tiene veinte años, y parece venir de una batalla. Pocos pacientes terminan haciendo lo que uno les dice. Ustedes hablen con ella. Yo me debo ir. En aquella sala están tres en peores condiciones.

–¿La misma causa?

–La misma.

A Carla le ha parecido mirarlo a través de la ventanilla de la puerta.

–Es un desgraciado, mamá. ¡Desgraciado!

–¿Quién es un desgraciado? Mírate cómo estás. ¿Qué podemos hacer por ti, cariño?

–Nada, mamá, la necesidad me seduce.

–¿Qué podemos hacer, cariño?

–Nada.

El conductor estaciona el carro verde frente al hospital. El chico se dirige hacia la habitación. Esta vez sí se para delante de la puerta. Carla lo mira. ¡Desgraciado! La madre ha entendido perfectamente la contraseña. El sujeto entra a la sala. Carla se pone nerviosa. Él trae bolsitas dentro de las mangas. La mujer lo mira. Él da la vuelta. La mujer toma el celular.

–Tiene una camisa manga larga azul, bajo, de pelo muy negro, pantalón marrón y con un lunar muy grande en el lado izquierdo de la cara. Sabía que vendrías (piensa la madre de Carla).

Afuera esperan los dos policías. Cada uno lo agarra por un brazo. El auto verde desaparece.

Así se van armando las historias. Uno atrapa el comienzo y las acciones van sucediéndose solas. Los personajes aparecen. Lo que tiene que suceder llega. A veces se pueden tratar asuntos de este tipo, tan comunes y trillados. Otras veces los cuentos no tienen nada de cierto. Ahora me pregunto ¿cómo terminará esta segunda? Todo se está grabando y quedará tal cual lo he dicho. Muchos caminos conducen al final. En *Tráfico* la chica termina recuperándose, y ella estaba peor que mi Carla. También se vale esto.

En la placita todos comentan. Se oyen gritos. Algunos se desesperan. Las latas vuelan por los jardines. Cuatro chicas han comenzado a correr por el campo de fútbol. Las siguen dos chicos más. El trote es colectivo. El humo tiene otro olor. El carro no se ha estacionado. Todos esperan uno azul. Se escuchan gritos. Se halan de los cabellos. Risas, gritos, gritos, más gritos. Carla está sentada en el banco con la mirada fija hacia la puerta que da a la calle. Ella ha comenzado a gritar. Se hala los cabellos, y comienza a salir de sus ojos, líquido caliente. El campo se ha llenado de jóvenes que corren. La pelota ha volado y Carla mira cómo ésta traspasa la cerca y choca contra el poste. Ahora es la risa. Todos ríen. Se oyen risas y más risas. Muchos minutos, casi una hora ha pasado. Los profesores han salido de las aulas. En la plaza

se escuchan risas, más risas. Las caras se miran. Han pasado casi dos horas. Carla no sabe si llorar o reír. El carro azul se ha estacionado frente a la plaza. Ellos siguen corriendo. La lata de Pepsi es lanzada con más fuerza. Carla corre hacia el campo. La risa se agiganta en un solo eco. El carro azul se ha ido. Han pasado tres horas, pero ellos siguen corriendo por el campo. Todos corren. Hasta los profesores ríen, corren. Nadie quiso el carro azul.

–Aquí termina la historia # 2. Graba esto, es importante. Son pistas.

–Como que se acaban los argumentos.

–Te dije que a veces tienes pocos elementos reales que agarrar...

HISTORIA #3

La cuna comienza a moverse y las patas se baten como si se tratara de una mecedora. La madre corre. Adentro está el niño. Sus ojos siguen abiertos. Él chupa el dedo con la habilidad de siempre, y la madre teme que el niño arrastre la mano entera. ¿Cómo haces eso, carricito?, dice la madre, y él se ríe con la mueca acertada.

La noche sigue soplando, y Euclides está allí, ojos hacia el techo, dedo en la boca. La idea de la madre ha sido espléndida. Ha separado la habitación del niño de la habitación del matrimonio con una gran ventana de vidrio. Desde su cama, es posible que la madre mire a través de la cuna. Por las noches se complica la visibilidad. Más de una vez, ella interrumpe el sueño para revisar al niño, y es casi seguro que todavía los ojos estén abiertos.

Euclides levanta los pies y, en esa misma dirección, va subiendo el resto del cuerpo. Ha conseguido una posición horizontal, y, por encima de la cuna, a una distancia apreciable, inicia sus primeras horas de sueño. De repente el

cuerpo comienza a bajar sin freno y casi cae en el colchón, cuando su madre lo ataja.

–¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí?

–¿Qué dices, mujer?

–Nada, Euclides ha dejado una laguna en la sábana.

–Seguramente bebió mucha agua en el día.

–Seguramente.

–¡Dios mío!

–¿Cómo lo haces carricito? ¿Tengo un niño superdotado? (piensa la madre).

Euclides la mira con una firmeza que eriza la piel de la mujer.

¿Acaso estás respondiendo afirmativamente a mi pregunta?, piensa.

–¿Qué haces, mujer?

–Quitarle la ropa a este sinvergüenza.

–Déjalo acá, mientras resuelves el problema de la laguna.

–¿Así que meas más que tu padre?

–Te voy a decir un secreto. Ayer tuve que parar el carro en la avenida para hacer lo que tú sabes. Salieron casi dos litros.

–Supongo que con bastante espuma.

–¡Tienes un oído de elefante, Leonor! ¿Y tú, de dónde sacas tanta agua?
(le dice al hijo). Supongo que te gustará ser bombero.

–¡Qué ocurrencias tienes, Francisco!

–El padre lo levanta, y el chorrito va directo a la frente.

–¡Ay, carajito!

–¿No te dije que estaba arreglándolo?

–Sí, pero con la laguna que dejó allá, no pensé que quedara algo.

–La cuestión es en serio. Creo que debo llevarlo a un médico.

–¿Qué médico, mujer? Dime de un niño que no haga esto. ¿Tú no llegaste a escuchar las historias de tus hermanas?

Ya ves, por allí viene el asunto. Eso también se hereda.

–Está bien. Ahora tráelo y ve a lavarte la cara, que debes estar oloroso.

–Oloroso es poco, meado.

–Venga acá, mi rey.

Euclides saca el dedo y comienza a reír con gusto.

–Mírenlo, también será chistoso, dice el padre.

–Apúrate, hombre.

–Aquí está.

¿Por qué lo hiciste? No me digas que no fue a propósito. He comenzado a conocerte. Dame ese dedo que debe saber a saliva. Esta noche quiero que te quedes tranquilo en tu cuna. La noche es para dormir. Por la mañana podrás jugar. De este modo comenzó a entenderse la madre con el niño. Ella asimiló sin muchos rodeos que se trataba de un niño diferente. Él seguía cada movimiento con sus ojos. La lengua y el labio halaban el dedo, y el ruidito seguía haciendo eco en la habitación.

–¿Con quién hablas, Leonor?

–Le doy recomendaciones a tu hijo, Francisco.

UN PARÉNTESIS

–¿Estás grabando, Alejandro? Mira que allí debe quedar registrado todo.

–Sí, lo hago. Pero, Pablo, ¿cómo puedes contar así, con tanta rapidez?

–Es cuestión de que te concentres. Ya te lo dije: las imágenes van apareciendo solas y tú las vas contando. Siempre ha sucedido esto conmigo. Mamá decía que yo vivía hablando solo. Me encantaba pintar figuritas en una libreta que tenía debajo del colchón de mi cama. Allí escribía los nombres de mis personajes. Luego éstos aparecían en historias recreadas por mí. Solía compartir mis cuentos con otros niños que veía, todos los sábados, en la Plaza Libertador. Nos acomodábamos debajo de un gran samán. ¿Nunca te hablaron de ese árbol?

–Sí, me dijeron que era gigante.

–Cuando empezó a doblarse, la gente solicitó que lo cortaran. Temían que éste cayera sobre los techos de las tiendas y las destrozara al instante.

–Sí, también me contaron eso.

–Quita la pausa. Sigamos. Adelantaré años.

CONTINUACIÓN HISTORIA #3

–Cariño, son las siete de la mañana.

–Ésta ha sido la noche más larga de mi vida. He dormido como nunca.

–Sí, como que ha hecho caso a tus recomendaciones, porque no escuché ruidos.

–¿No escuchaste ruidos?

Leonor corre hacia la cuna. Euclides duerme con una serenidad envidiable. Una hora después, la cuna comienza a moverse, y Leonor sale disparada ¿Así qué también entiendes lo que te dicen? Hemos comenzado a ponernos de acuerdo. Ves que es muy fácil, mi ángel. Sólo hay que estar dispuesto a hacerlo. ¡Soy la madre más feliz del mundo! ¡Podré dormir el resto de mis noches! Pero ahora no me hagas esto, por favor. Papá está allí, y él no sabe nada. Te daré un baño, es lo mejor. Un chorrito de agua amarilla empezó a mezclarse con la que había en la bañera. Así, pareces el niño más quieto de todos. Él la mira y comienza a halar el dedo con mucha fuerza. ¡Cuidado con la mano! Él empieza a reír y a batir los pies dentro del agua. El cuerpo

comienza a levantarse y la madre lo hala hacia adentro de la bañera. ¡Allí viene tu padre! ¡No me hagas esto, Euclides!

–Más recomendaciones.

–Sí, cariño.

–Voy a trabajar, simpático.

Pasan unos cuantos años (graba)

Las siete velas desprenden una llama amarillenta. Las voces comienzan a escucharse cada vez con más fuerza. Euclides mira con atención cada una de las luces que deberá apagar en cuestión de minutos. El cumpleaños feliz ya ha sido pronunciado. Todos los niños están atentos para empujar la cara hacia el fondo de la torta. Euclides sopla con fuerza y las luces se apagan. Las madres detienen las manos de sus hijos.

–Un beso, hijito, le dice Leonor,

–Eres el hijo más fuerte del mundo, le comenta su padre.

–¡A jugar niños!, grita una de las invitadas.

La música comienza a sonar y todos corren a ocupar una de las sillas que han sido colocadas en el centro de la sala.

–Ya saben, nada de peleas. El que pierda sale.

–Así es, opina otra invitada.

–Mamá, mamá, debo contarte algo interesante.

–En este momento no, hijito.

–Aquella, la que tiene el vestido con las flores grandes quiere la mariposa de cristal que está sobre el estante.

–Ahora nos está mirando, Euclides, disimula.

–Sí mamá, pero te la regaló mi abuela el día de tu cumpleaños.

–Pero disimula, cariño, nos está mirando.

–Pero no es lo que mira, sino lo que dice. ¡Vieja ridícula! ¿Quién es ella?

–¡Qué palabras son esas, Euclides! Es una amiga de Rafaela.

–Está diciendo que eres una malagradecida, que mi padre te tiene como una reina, y que tú eres bien seca con él.

–¡Seca! Ya verá. Cariño, amor, ven acá. Quiero que me des un beso en la boca.

–Pero, cariño.

–¿Es verdad que soy seca contigo?

–¿Quién ha dicho eso? Voy a seguir hablando con Rafael.

¡Qué cosas tienen ustedes las esposas!

La mujer se sonríe y Leonor mueve su cabeza.

–Ve a jugar, Euclides.

-¿Y la mariposa?

La música comienza a sonar y los niños giran alrededor de las sillas. Euclides está atento. Cada palabra va filtrándose en su cabeza con una nitidez absoluta. Es la hora de la acción, dice, y sale corriendo hacia donde está su madre.

-Mamá, mírala, iré al baño y, con precaución, la agarraré. No dejaré que lo haga.

-Espera.

Euclides tropieza con la sospechosa y la mariposa cae al suelo. Todos ven hacia allá.

-La estaba mirando. Era muy fina. ¡Estos niños siempre andan corriendo!

-Usted...

-Silencio, hijito. No tiene importancia.

-¿Dónde la compraste?

-Me la había regalado mi madre, que en paz descanse.

-¡Ah, perdón, Leonor! Buscaré una igual.

-Ya dije que no tiene importancia.

-Ve a jugar, hijo.

–Se me quitaron las ganas, mamá.

Francisco despide al único invitado que quedaba. A esa hora, Leonor ya estaba tendida en la cama completamente desnuda. El comentario de la mujer no dejaba de ser una espina que punzara en sus oídos de vez en cuando. Francisco se acuesta y ella lo toma de sorpresa.

–¿Crees que soy seca contigo?

–¿Por qué me haces la misma pregunta?

Ella lo abraza con la certeza de que será distinto a los demás días. Lo besa desaforadamente. Él también se deja llevar por la incertidumbre, y comienza por los senos. Su lengua va acariciando lentamente la línea vertical, y Leonor va relajando uno a uno sus miembros.

Euclides se ha despertado por el ruido de las voces que retumban en sus oídos. No ha olvidado la escena de la mariposa estrellándose contra el suelo. No necesita luz para reconocer cada objeto que hay en su habitación. Allá están el guante y la pelota (piensa). Él los toma; lanza hacia arriba la esfera que luego cae en su guante de cuero. Me gustaría ser un gran pelotero, y no un bombero como creía mi padre (murmura). Él sabe que en ese momento su madre no irá a su habitación (la de Euclides). Así que recoge sus piernas y cierra los ojos. Esta vez su mirada ha llegado hasta la plaza de la escuela. Le parece que a esa hora todo tiene un sentido diferente al que se mira cuando la luz está encendida. A estas horas nada tiene vida. Creí que las hojas de los árboles podían moverse con la misma frecuencia. Con cautela se dirige hacia el salón de clases. Muy lejos divisa la chaqueta negra del vigilante que viene hacia la misma dirección. Poco a poco mira cómo el cuerpo se va acercando más a sus ojos. La imagen se duplica, está chocando casi con su nariz. No soporta la presión sobre su cabeza. Abre los ojos; se coloca una mano en el

pecho y con la otra se hace la señal de la cruz. Se esconde dentro de las sábanas; cierra los ojos y comienza a halar el dedo.

Pasan más años (sigue grabando).

–Me parece mentira que mañana cumplas veinte años.

–Sí, ya no puedo andar por allí halando el dedo.

–¿Y cómo andan tus visiones?

–Son otras las situaciones que ahora se presentan en mi mente. Es difícil detener las voces que llegan diariamente a mis oídos. A veces me parece que voy a volverme loco.

–Creo que ya no puedo ayudarte. Necesitas a alguien que sepa de esto.

–¡Por Dios, mamá! ¿Qué sepa más que tú? Fíjate, ¿ves aquella joven que va a entrar a la playa? Ella quiere ahogarse. Dice que está cansada de esta vida.

–Pero podemos hacer algo, Euclides.

–No, no le pasará nada, lo presiento.

–¿Seguro?

–Seguro.

La chica comienza a nadar cada vez más hacia adentro. Su madre está sentada en la arena y la mira con detenimiento.

–Se está metiendo muy adentro, Lucho.

–A mí también me parece.

De repente la chica empieza a agitarse. Un salvavidas se lanza y comienza a nadar cada vez más rápido. El hombre arrastra a la chica hasta la orilla. Ella está viva.

–Te dije, mamá. No son cosas simples.

–Pero tú pudiste hacer algo.

–No, lo que ha de suceder, sucede.

–Pero si tú puedes hacer algo. Así no te atormentarían las voces.

–Te digo que lo que está de pasar pasa.

–Creo que todos tenemos la posibilidad de evitar algunas cosas, y tú tienes un poder especial.

–No es un poder. ¿Acaso hago magia?

–En la única magia que creo es en la que cada quien hace dentro de sí mismo. ¿Qué pasaría si todos sintiéramos igual que tú? Creo que nos habríamos destrozado los unos a los otros. Dios sabe lo que hace, hijo. No te vayas, espera. No llores. ¿Te puedo ayudar, Euclides?

–Has hecho mucho. Si le hubieses dado un sentido de anormal, yo sería un sujeto acomplexado. ¡Quién sabe lo que estaría haciendo ahora!

–Es tu mundo, Euclides. Todos no somos iguales.

–Ya lo sé, mamá, perdóname.

Ellos se abrazan y comienzan a caminar por la orilla de la playa. Deberán subir por los escalones de cemento para llegar hasta la parada de los buses que pasan por enfrente de su casa. En media hora hacen todo el recorrido. Euclides toma a la madre por el brazo y ella va subiendo uno a uno los peldaños. Desde la ventana ellos miran los cocoteros que se distancian segundo a segundo. Atrás queda el ruido de las olas y van apareciendo las casas que están en los distintos pueblos. Leonor no deja de pensar en cómo ayudar a su hijo. Él se deja llevar por las voces circulantes en cada calle, por los sonidos que se cruzan, estiran y desaparecen de cuadra en cuadra. No quiere detenerse en ninguna de ellas. Las deja pasar sin darle la mínima importancia. La brisa le pega fuerte en la cara y el sueño comienza a instalarse en sus ojos. Leonor lo mira con un sentimiento de compasión que jamás había experimentado. Siempre he evitado esta sensación, hijo. Pero hoy me he dado cuenta de que sí has sufrido durante mucho tiempo (piensa la madre). No hables de desdicha (retumba en la cabeza de Euclides).

–Falta una cuadra, hijo. Ve despertándote.

–Ha sido el sueño más placentero de mi vida, Leonor.

–Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

–Siempre hay una primera vez.

–Sí, Euclides.

–Ya lo ves, es tan fácil.

Leonor abre la puerta de la casa. Ha llegado antes de que Francisco regrese del trabajo.

–Hoy nos hemos quedado más que nunca. Debo hacer la cena de inmediato, si no tu padre se pondrá celoso.

–¿Celoso de su hijo?

–Sí, celoso de su hijo.

–¿Cómo está mi familia? Pero si todavía tienes la sal encima, Leonor.

–Sí, hoy hemos tardado demasiado.

–Bueno, lo que pasa es que tú cenas demasiado temprano, papá.

–Es que cada vez que me despido de mi jefe me entran unas ganas inmensas de comer carne humana. Si llego aquí, y no encuentro la cena; entonces podría comerlos enteritos a ustedes.

–¡Qué gracioso eres, Francisco! Cualquiera cree que odias a tu jefe.

–Por supuesto que es sólo un chiste. ¿Escuchaste, hijo?, un chiste.

PARÉNTESIS

–No metas pausa, Alejandro, que en cualquier momento esto se retoma.

–Estás cansado.

–No, sospecho que el final no llegará. ¿Cómo lo terminarías tú?

–Tú dijiste que llega, que sólo hay que dejar que los personajes hablen.

CONTINÚA LA HISTORIA #3

Leonor se acurruca y va ganando más espacio dentro de los brazos del marido. Francisco no ha logrado cerrar los ojos. Por su cabeza comienzan a pasar ideas y más ideas. No puedo hacerlo. Tengo que pensar en mi esposa y mi hijo (murmura). En la otra habitación los oídos de Euclides comienzan a recibir sonidos cercanos. Si ellos se enteran no me perdonarán. Euclides se sienta de inmediato; cierra los ojos y deja que las voces comiencen a filtrarse por sus sentidos. Se trata de una suma valiosa (piensa Francisco). Con ese dinero podremos cambiar de casa, mandar a Euclides a una universidad del exterior. Aquí lo veo tan solo. En otro sitio aprenderá a relacionarse mejor con la gente. Tendrá más amigos. Euclides ha precisado la voz. Sabe desde dónde se propaga. ¿Qué pasa, papá? ¿Qué es lo que no debes hacer? (dice Francisco, en voz baja). Es una gran cifra, pero significa robarle a la empresa, y nunca he hecho esto. Le diré a Martín que no lo podré hacer, que debo pensar en mi familia. Algún día se sabrá la cuestión y yo iré a parar a una cárcel. No, No. Pero es una oportunidad, y si lo hacemos bien es difícil que alguien se entere después. No papá, no. Las voces no siguieron. Francisco cerró los ojos y abrazó a Leonor. En la otra habitación, Euclides está sentado en la cama mirando hacia el techo. No puede ser posible. Era mi padre. Estoy seguro de que era su voz. Está confundido, y eso me preocupa, dice con mucho miedo.

Euclides escucha cuando el padre abre la puerta de la habitación, y sale corriendo.

–Buenos días, hijo.

–Papá no lo hagas, por favor.

–¿Qué es lo que no debo hacer, hijo?

–No necesitas ese dinero. Yo no quiero ir a ninguna universidad del exterior. Esta casa está bien para los tres. Mamá es feliz así como vive.

Francisco lanza un puño duro contra la mesa. Luego se queda mirando fijo a Euclides.

–¿Cuándo te lo dijo, ese condenado? ¿Es que también quería enredarte a ti en ese lío?

–No grites que mi madre se va a levantar.

–Dime, ¿cuándo te lo dijo?

–No me lo ha dicho nadie, papá. Te escuché anoche.

–Anoche.

–Bueno, escuché, desde mi cuarto lo que pensabas.

–No me mientas.

–¡Es así! Mira, hoy es mi cumpleaños.

–Sí es verdad, hijo.

–Pero no me mientas.

–Entra a mi cuarto.

–¿Sabes? me chupaba el dedo con tanta fuerza que mi madre temía que la mano fuese halada hacia dentro. Yo lo hacía para centrar toda la fuerza que tenía. Desde pequeño supe lo que mi madre me decía. Por eso pudimos llegar a acuerdos. De grande he desarrollado más la posibilidad de escuchar lo que algunas personas pueden decir. Sé que puedo llegar a distancias más lejanas, pero me da miedo.

-¡No lo puedo creer!

-En este momento estás pensando que soy un genio. ¿Es cierto?

-Sí.

-No soy un genio, papá. Debes irte al trabajo, porque llegarás tarde.

-No lo haré, hijo.

Euclides regresó a su cuarto y trató de descifrar los pensamientos del padre. Las voces venían rebotando de calle en calle. No lo haré, alcanzó a escuchar a dos kilómetros. Muy cautelosamente, Leonor entró al cuarto.

-¡Feliz cumpleaños, cariño!

-¡Uff!, madre! Éste es el día más grande de mi vida.

-¿Con cuál chica soñaste?

-No soñé.

-¿No soñaste?

-La voz me dijo anoche que debía cambiar mi mundo.

-¡Oh, qué maravilla! ¡Cuál fue esa voz!

-La tuya.

-¡Hijo!

La cafetera comenzó a sonar y los dos salieron corriendo hacia la cocina.

–Creo que llegamos un poco tarde. ¿No te parece, Leonor?

–Sí lo creo, Euclides.

Las voces venían desde muy lejos, y Euclides hacía todo lo posible para evadirlas.

–El teléfono está sonando, hijo.

–Feliz cumpleaños, Euclides.

–Gracias, señora Ramona. Es para ti, mamá. Dile que no, que harás la fiesta el sábado. Esta noche cenaremos los tres solos.

–Hola, Leonor, ¿qué le harás esta noche a Euclides? Yo puedo llevar la torta.

–No, lo dejaremos para el fin de semana, porque hoy tenemos una invitación. Luego te llamo.

Euclides le guiñó el ojo y la madre aguantó la risa con su mano.

–Yo te llamo, ¿okey?

PAUSA

–¿Grabaste todo, Alejandro?

–Todo. ¿Acaso aquí acaba la historia?

–¿Qué más puedo agregar? Siempre esperas un fin diferente. Tienes que dejar que los personajes decidan su propio final. Tú no te preocupes, las voces están allí, y sólo debes escucharlas con atención.

–Sí, entre comentario y comentario se van diciendo las cosas. Si te limitas a contar la historia, terminas más rápido. Son voces, voces y más voces. Es imposible que puedas parar su curso. Cierra los ojos, y déjate llevar por tu ruido interior. No es privilegio de una persona. Todos tenemos voces. El límite de la creación es infinita.

–Cuéntame cómo quedaste ciego, Pablo.

–Yo iba tranquilo por la vía, pero de repente un auto con una luz muy alta comenzó a acercarse cada vez más desde el canal contrario. Yo comencé a hacer las contraseñas para que bajara la luz, pero el tipo seguía hacia adelante. No pude evitar chocar contra el pie de la montaña. No sé cómo no me maté. Con el impacto perdí la vista.

–Hoy serías un gran escritor. ¿Cuántos libros publicaste antes del accidente?

–Dos de cuentos y tres de poesía. Gracias por esta oportunidad que me das, Alejandro.

–A mí me gusta la poesía, pero no tengo talento.

–¡Qué no eres poeta! Deja que las palabras fluyan. Tienes que sentir tus propias vivencias.

No crean ustedes que esto lo hicieron ellos en pocas horas. La historia no se retomaba siempre el mismo día. Ellos tardaron tres noches y una mañana. Los dos se tiraban sobre la grama, a la sombra del samán que está

en el patio de la casa de Alejandro. Allí comenzaban. Uno contaba y otro grababa. La idea fue del chico. Él admiraba al poeta ciego que pasaba todos los días por enfrente de su casa.

A mí también me interesaban las historias. Pero ellos no sabían nada de este otro narrador (yo). En este preciso momento intento concretar el inicio de mi historia y no puedo detener las voces, las mías. Creo que un comienzo acertado sería el que continúa...

En la mañana siguiente, Alejandro mira nuevamente al hombre ciego.

–Hola, Pablo, ¿así te llamas, verdad?

–Sí, ¿quién eres tú?

–Vivo en esta casa. Claro, no la puedes mirar. ¿Te molestaría entrar?

–Yo seré quien te molestará a ti.

–No, te equivocas. Ven, te agarraré la mano. Te diré dónde éstas. Éste es el patio de la casa. Aquí hay un gran samán. Sus brazos son inmensos.

–¡Brazos! Veo que estoy hablando con un poeta. ¿Qué edad tienes?

–Catorce años. Te decía que es un gran árbol. Mi madre lo considera más viejo que ella. Si te quitas los zapatos podrás tocar la grama. Hoy está muy seca. ¿Quieres hacerlo?

–Con gusto, caballero.

Pablo descansó el pie desnudo sobre la alfombra, y comprobó lo que el niño le decía. Por la cabeza del escritor comenzaron a volar imágenes. Las

voces iniciaron su concierto, y él estaba seguro de que en ese lugar se daría inicio a una historia diferente. Por primera vez, Pablo podía escuchar con tanta nitidez el sonido del viento. Las palabras del niño le llegaban como brisa acariciando su rostro.

–¿Por qué haces esto, niño?

–Porque eres mi escritor preferido. Leí el libro de cuentos que escribiste para niños. Más de una vez volé con las mariposas que salían de las páginas. Me enseñaste que todos tenemos un ave dentro de nosotros. ¿Me podrías contar una historia? Pero que no sea para niños. Quiero algo más complicado.

–¿Cómo que algo más complicado?

–Mi intención es conocer cómo hace un escritor para crear sus historias. Pero al mismo tiempo quiero que la historia suceda.

–Pero esto está muy enredado.

–Se me ocurre una magnífica idea.

Alejandro salió corriendo hacia su cuarto, y en pocos minutos aparece con una grabadora y varias cintas.

–¿Para dónde fuiste?

–Tócala. ¿Sabes qué es?

–Si no me equivoco, una grabadora.

–¡Excelente! Voy a grabarte. Luego le pediré a mi madre que me ayude a transcribir las cintas. Éste será tu próximo libro de cuentos. Te lo prometo.

–¡Vaya! Te lo dedicaré a ti.

–Estoy listo. Cuéntame cómo haces las historias. Quiero un cuento, además...

–Las imágenes van interconectándose y es casi imposible dejar de registrarlas. Todas se disparan en mitad de una calle...

C-VEN-D

Lo que sigue ustedes lo saben. ¿No les parece que Euclides pudo haber sido un gran escritor?



Oriunda de Lagunillas, estado Zulia, Adalys María Noriega Rodríguez, no reniega del esplendor del Catatumbo que la vio nacer, pero dice no poder desandar sus huellas incrustadas en la Isla de Margarita, donde vive, desde los ocho años, creando y recreándose con el hálito emanado del agua salada y las sombras marinas.

Atraída por las letras, buscó el camino que la llevara a ellas, y se gradúa como Lic. en Educación, Mención Castellano y Literatura, en la UDO, Núcleo de Sucre, en 1987. A partir de 1989 inicia su profesión de docente universitaria en el Núcleo de Anzoátegui de la UDO. Tres años después se traslada al Núcleo de Nueva Esparta, donde se ha desempeñado, desde entonces, como docente en las asignaturas de Comprensión y Expresión Lingüística, Técnicas de Comunicación Escrita, Lengua Española y Gramática del Castellano. Cree en el poder de las palabras, y, a propósito de su quehacer en las aulas, dice “me gusta lo que hago, me apasiona, cuando doy clases es como si me trasladara a otras realidades...”

Desde estudiante, Adalys manifiesta un deseo creciente por la actividad literaria. Por ello, asiste a talleres literarios, se atreve a escribir y a publicar sus propios relatos y poemas, y participa en algunos concursos literarios. Así, en el año 1988, obtiene el segundo lugar en el género cuento, y mención honorífica en el género poesía del *Concurso Literario «Alfredo Armas Alfonzo»* y patrocinado por la UDO-Sucre. En 1997, le publican, en Margarita, *Entretelones, libro de cuentos cortos*. En el año 2000, gana el primer lugar, género cuento, en el *Primer Concurso Literario APUDONE*, con su obra *Caleidoscopio*, que hoy estamos presentando.

Como investigadora, Adalys ha realizado los estudios: *La desintegración como visión de mundo en las novelas de Salvador Garmendia* (1987), *La función del galerón en Margarita: Ayer y hoy* (1998), *Uso de los adverbios relativos por estudiantes de la UDO* (1995), *Los verbos prepositivos en el español de Venezuela* (1999). Actualmente, realiza el proyecto de investigación *Las preposiciones «de» y «a» en el español de Venezuela*, a través del Consejo de Investigación de la UDO. También está desarrollando la tesis doctoral titulada *Los verbos prepositivos en el español de Venezuela Un estudio funcional desde la teoría de la rección*, para optar al título de Doctora en Filología Hispánica, ofrecido por la Universidad de Oviedo (España) mediante convenio con la Universidad de Oriente.

Adalys, además, ha participado en actividades de extensión como: Representante de la UDO en la Comisión de Lectura del Estado Nueva Esparta, jurado evaluador en el Festival Juvenil de la Ciencia y docente facilitador en el Curso Didáctica de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera, ofrecido por la UDO. Asimismo, ha sido Coordinadora del Área de Lingüística del Departamento de Socio-Humanidades, Coordinadora del Área de Lengua en los Propedéuticos ofrecidos por la UDO, Representante profesoral ante el Consejo de Coordinación de la Unidad de Estudios Básicos. Actualmente está a cargo de la Coordinación del Área de Lengua en el Programa de Educación Integral y es representante de la Comisión de Currícula del Programa de Educación Integral.

En armonía con todo este hacer universitario, Adalys María Noriega Rodríguez cultiva su vida familiar, y no desaprovecha las historias de la cotidianidad, pues ellas son la materia latente de su creación.

Y para ella, la historia sigue fluyendo como si todo volviera a su origen, y nos permitimos recorrer lo ya andado.



Asociación de Profesores de la Universidad de Oriente, Núcleo de Nueva Esparta.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Agosto de 2024